

Madrid 30 de octubre de 1926

Directora-fundadora: *Celsia Regis*

Número suelto 10 céntimos

¡Perdón...!

Nos llega por correo la siguiente carta:

Sra. Directora de «La Voz de la Mujer»
Respetable Señora: Toda la prensa de España, solicita desde las respectivas columnas de los periódicos, clemencia y perdón para los señores Jefes y Oficiales del arma de Artillería, encursos en responsabilidad con motivo de la pasada rebelión militar, y este clamor unánime, producido por miles de humanos corazones, es lógico pensar que será escuchado y atendido en las altas esferas, en donde la clemencia y la bondad de sentimientos, son dones inherentes en las augustas personas que actualmente ocupan el Trono de España.

Ha sido necesario, respetable señora, que la severidad del Código de Justicia militar, caiga sobre una porción de personas cuya brillante carrera e historial immaculado ha quedado esfumado por el horrible peso de las condenas impuestas, para que la unión toda, en movimiento de clemencia tan propio de todo corazón español, solicite de los altos poderes, perdón y olvide... porque esa opinión, indiferente, ante un caso o dos aislados, se conmueve ante el dolor colectivo y siente el horror de las condenas, apresurándose a impedir los martirios que supone las consecuencias de toda condena de privación de libertad. Todos estos horrores, señora Directora, todas las negruras de nuestra vida, las venimos sufriendo las madres, esposas e hijas de otros hombres, sobre los que también se cernieron la severidad de los Códigos, por haber cometido un delito en un momento de inconsciencia senil, en un minuto de arrebatos... y de cuyo delito solo pudo haber una sola víctima... o un solo perjudicado; y sin embargo, interminables condenas pesan sobre ellos y sobre nosotras que desde hace años nos vemos abandonadas sin auxilio ni protección de nadie y nuestros pequeñuelos en el mayor de los desamparos.

Hoy que la voz de la opinión se une para pedir clemencia, perdón, olvido para los nuevos sentenciados, solicitamos humildemente de usted, que desde las columnas de su importante periódico, alee su voz en solicitud de clemencia, pero haciéndola extensiva a todos los que sufren los rigores de la privación de libertad, para qué, caso de la concesión de nuestros propósitos, no sean solamente en unos hogares españoles en los que reine la alegría, por el retorno de los seres queridos, mientras que en otros hogares, también españoles, otras madres, esposas e hijos continúan apurando el amargo cáliz de una vida miserable y de dolor...

Gracias, Señora Directora, en nombre de las madres, esposas e hijas de los reclusos de toda España, pues no dudamos atenderá nuestro fervoroso ruego.

(Valencia, 30 de octubre 1926.)

**

La lectura de las líneas transcritas nos emociona y mueve nuestra pluma para unir a la demanda de PERDON. Son las mujeres; son madres y esposas que ruegan y suplican: las eternas víctimas, las siempre inocentes que sin culpa propia ven sus hogares deshechos, famélicos sus hijos, su vida rota.

No nos toca analizar los desafueros de los hombres; por tolerancia, por amor a ellos, acatamos llenas de dulce resignación sus desaciertos. Nos traen la guerra y nosotras contrarrestamos sus males recogiendo a los caídos, cuidándoles en los hospitales, llorando

como madres sobre los que mueren y no podemos salvar. Ni un grito de protesta: solo oraciones y lágrimas sabremos dar.

En el caso presente, sabemos que unos cuantos hombres intentaban rebelarse, y el Poder actual, con energía y decisión ha castigado; pero en el castigo colectivo, como siempre pasa, hay inocentes y hay mujeres y niños que nada cometieron.

Por esos inocentes, por esas desgraciadas mujeres y niños que se han quedado sin pan y sin hogar, nosotras suplicamos el perdón.

Se honran los hombres de gobierno cuando, después de haber aplicado la ley con energía, saben, generosos, perdonar, porque la misión de gobernante debe ser como la de un padre de familia, que sabe castigar, pero que, ante el arrepentimiento del hijo, perdona y el perdón sirve para levantar en el pecho del hijo castigado el altar del agradecimiento y el de su regeneración.

Una amnistía completa y total sería oportunitísima en estos momentos y aumentaría el prestigio del Jefe del Gobierno que en las horas actuales vive la popularidad de haber concedido a las mujeres españolas derechos que ningún otro político tuvo la valentía y buen acierto de dar y por el que tan admirado es del sexo femenino.

Oiga el General la voz de las mujeres y por ellas y sus hijos conceda ese perdón, del que depende la dicha de tantas madres y de tantas criaturitas que hoy lloran de hambre.

Perdón, perdón para todos, que el perdón es siempre un acto honroso y de exquisito Gobierno. — C. R.

LAS DEL MOÑO

Son las mujeres que aún conservan el moño unas verdaderas heroínas. Si; esas mujercitas simpáticas en alto grado y femeninas por excelencia, que no han tenido el mal gusto, el extravagante gusto de poner su más apreciado adorno femenino bajo las tijeras del peluquero, son los seres más dignos de admiración que yo conozco.

Miradlas en las calles, en los paseos, en los viajes, en todos los sitios públicos, sosteniendo la mirada de reto, de desprecio, pudiéramos decir, que les lanzan muchas desocaditas de esas rapadas a lo «garçon» que, de candidas, de ingenuas, de niñas, sólo tienen la melena. Parecen querer decirnos con su miradita provocativa: *Cursis, más que cursis, ¿en qué tiempo y en qué idea vivís...?*

Si que las otras, las que serena y cuerdate han sabido resistir la ridícula tentación, no se asustan y las devuelven el guante con otra callada respuesta: Y... vosotras las dicen también con los ojos impregnados de conmisericordioso desdén: ¿no os da vergüenza ir pregonando que no queréis ser mujeres...?

Yo me siento dulcemente atraída hacia las mujeres del moño, por el imán de una profunda simpatía y a veces, en uno de esos sitios donde los dos bandos sostienen su callada lucha, siento deseos de proclamarlas a gritos reinas de la femineidad y del buen gusto.

Y conste que la melena me gusta, me encanta en muchachitas jóvenes. Hasta los veinte o veintidós años, es el peinado que debe adop-

arse para la mujer, siendo un delicoso modo de prolongar la hermosa edad de la infancia. Después...

Para una cara tersa, rosada, juvenil, es un marco encantador; para un rostro ajado, marchito, tatuado ya con la inexorable huella de los años, no puede buscarse tocado más absurdo y grotesco. Que una jovencita adopte ese peinado tan en consonancia con su edad, pase; pero que una niña entrada, una jamona cuarentona, o una vieja ya cana, pretendan engañarnos, ocultarnos los extragos del tiempo tras el juvenil nimbo de una rizosa melena, ¡vamos!, que es hacer espantosamente el ridículo... Es, sencillamente, ir pregonando que bajo la corta cabellera, en vez de cabeza llevan una especie de calabaza hueca, sin un asomo de sentido común...

Yo, cuando contemplo una de esas mujeres que ya cansadas de vivir y sufrir han tenido la humorada de disfrazarse de nenitas, como algunas que conozco, que pudieran ya tener nietos casaderos, siento deseos de gritar indignada, de provocar un tumulto, un motín, una estrepitosa silba, que las hiciera refugiarse en la primer peluquería, para comprarse un respetabilísimo postizo.

Mucho se habla, se discute sobre ambos peinados, y muchos son también los argumentos que se aducen en pro y en contra.

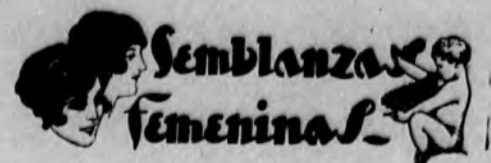
Las de la melena nos largan la razón de que la adoptaron por higiene: Pero, hijas mías; ¿es que os consideráis tan inhábiles, tan descuidadas y faltas de tiempo, para dedicar unos momentos más al cuidado de tan simpático adorno femenino...?

No; la melena, no la adoptásteis pensando en la higiene; os la impuso la moda, la tirana y caprichosa moda. Si un modisto cualquiera, en vez de la melena a lo «Colón», a lo «paje», a lo «garçon», etc., etc., hubiera lanzado un modelo de aquellos complicadísimos peinados de la corte de María Antonieta denominadas «Sentimientos dobles», «Suspiros apagados», «Amor triunfante», y vosotros, inmediatamente, sin acordaros para nada de la higiene, os hubiérais apresurado a colocar sobre nuestra testa una carga de crepé, bucles, cintajos y demás materiales necesarios para la confección de tan voluminosos tocados.

Dicen también que la melena actual no es única en la historia de la mujer; que ya en otros tiempos la adoptaron las mujeres. Cierto es esto. Más o menos larga y más o menos complicada se usó en otras épocas; y muy parecida a la de hoy fué la que orló la cara mujerial en el reinado de algunos Austrias; pero aquéllas, contemporáneas de las «Meninas», no ponían en su rostro la expresión de malicia, de liviana picardía que hoy se lee en el pintarrajeado rostro de la mayoría de nuestras mujeres, tan en notoria contraposición con tan candoroso e infantil peinado.

Niñas, mujeres que habéis sabido resistir a la contagiosa epidemia del pelo corto: No claudiquéis. En las calles, en los paseos, en todas partes, ostentad como hermoso trofeo de belleza femenina, vuestro simpático moño. Tened presente que lo que se prodiga, lo que abunda, hasta, y lo que escasea es lo que vale. No os importen las miraditas provocativas de las que gastan melena, Creedlo; para vosotras, es la admiración, la simpatía de los hombres sensatos, de los hombres que aún son hombres. Yo en esta mal hilvanada croniquilla os proclamo reinas de la femineidad, soberanas del buen gusto y, sobre todo... sobre todo... ¡del sentido común! — *Luca Calle de Casado.*

El próximo número de LA VOZ DE LA MUJER publicará originales muy interesantes: no deje usted de leerlo.



LA CONDESA DE MONTIJO, EMPERATRIZ DE LOS FRANCESES

(Conclusión)

La última lectura

La emperatriz era muy aficionada a leer, placer del que se hallaba privada a causa de una afección a la vista, de la que había sido operada con éxito pocos días antes de su muerte. Para hacer el ensayo de su primera lectura, pidió el Quijote y leyó en voz alta.

Los duques de Alba, sus más próximos parientes, señalaron en el libro la página en que leyó por última vez, en su lengua natal, y en el libro genial de la literatura hispana, esta emperatriz.

**

Un covista de París, dedica un comentario a los viajes que la triste viuda de Napoleón III, hacía a Francia.

—París—dice—ha conocido con pena la muerte de la emperatriz Eugenia. París, con todos sus nerviosismos y veleidades, no es ingrato; no olvida que esa mujer, ilustre por su abolengo, famosa por su belleza y admirada por su talento, fué un día gala de su Corte árbitra de sus destinos, encarnación del espíritu francés en acontecimientos mundiales como la Exposición de 1867 y la inauguración del Canal de Suez en 1869.

Además, en la triste odisea, en el largo calvario de esta noble señora, no se olvidó de París, y a él llegó en diversas ocasiones con ansias de revivir recuerdos en los que indudablemente palpitaban el afecto y la gratitud.

Su alojamiento fué, en sus visitas a la gran capital, uno de los pisos más altos del hotel Continental, en la calle de Rivoli, esquina a la de Castiglione, porque desde sus ventanas podía contemplar los jardines de las Tullerías, donde transcurrió feliz la infancia del hijo de sus entrañas, y el palacio donde fué dichosa al ser dueña del corazón del Emperador de los franceses. En sus salones triunfó su belleza; su gracia fué admirada y su personalidad reverenciada en verdadera apoteosis por los Soberanos de casi toda Europa en aquellas espléndidas fiestas con que París celebró el éxito de su Exposición Universal.

Desde los balcones de su alojamiento contemplaría el quiosco que es hoy bar público y que en los tiempos en que Eugenia de Guzmán reinaba servía de cantina a los oficiales de la Guardia Imperial, entre los cuales jugó niño y se formó adolescente el príncipe Eugenio.

Recordaría asimismo la dramática jornada del 4 de septiembre cuando,

La Voz de la Mujer

PERIODICO FEMINISTA

De progreso social, de cultura y orientación profesional de la mujer.

Redacción y Administración:

PLAZA DE ORIENTE, 2.— Madrid

APARTADO 613, donde se dirigirá toda la correspondencia

PRECIOS DE SUSCRIPCION

MADRID	
Trimestre.....	2'75 ptas.
Semestre.....	5'50 »
Un año.....	10'00 »
PROVINCIAS	
Trimestre.....	3'25 ptas.
Semestre.....	6'00 »
Un año.....	10'50 »
EXTRANJERO	
Semestre.....	10 ptas.
Un año.....	18 »

NUMERO SUELTO DIEZ CENTIMOS
25 ejemplares.....1'75 ptas.

Se publica miércoles y sábados

conocidos los desastres de Sedán y Metz, hubo de abandonar el Palacio, atendiendo los consejos de los embajadores de Austria, Metternich, y de Italia, conde Nigra, y utilizando la compañía y el coche del doctor Evans, dentista de la Corte, que la condujo a Dauville, donde embarcó para Inglaterra. ¡Tétrico recuerdo de aquellos instantes de pavor, en que el Emperador era prisionero de Prusia, el príncipe se refugiaba en Bélgica y ella emprendía el camino del destierro!

Se la imputó la frase de «Esta es mi guerra!» cuando presidió el Consejo de ministros que la comunicó, como a Regente del Imperio, la ruptura de hostilidades. Contra esa imputación protestó cien veces. ¡Desear ella una guerra a la que habían de ir como primeros soldados su esposo e hijo... No! No supo resistir la tentación de coger una flor en aquellos jardines que un día fueron testigos de su felicidad, y ya sabéis lo sucedido: un guarda celoso de su deber la sorprendió, apuntó su nombre, Eugenia de Guzmán, en su carnet, y la impuso una multa, que ella pagó sin más protesta que una lágrima, porque la flor no fué respetada en sus manos.

El hecho fué conocido y comentado; pero no se le ocurrió a nadie hacer lo

que España hubiese hecho en caso análogo: cortar todas las flores del jardín y enviarlas, como ofrenda nacional, a la dama egregia, a la Emperatriz de las lágrimas, que ceñía la corona que, desde el drama del Gólgota, ciñen todas las Majestades de la tierra: la corona de espinas.

Diríase que hallaba complacencia en avivar el dolor que tantos recuerdos llevaban a su alma de madre amantísima y esposa enamorada.

Un día fué a Sainte-Cloud. Fácil la fué llegar a las puertas del castillo donde también pasó días venturosos y donde se separó del Emperador y del príncipe cuando éstos partieron para la frontera alemana: la línea divisoria que en aquellos tiempos marcaba la zona accesible al pueblo y la reservada a la Corte era una extensa pradera.

Ante el histórico edificio dejaría correr lágrimas amargas, como las primeras que derramó en su vida de Emperatriz cuando en la pequeña estación de la localidad dió el tierno abrazo de despedida a su augusto esposo y el apasionado y santo beso de adiós al hijo que iba a recibir el bautismo de fuego peleando como buen francés por la Patria.

Otro día su visita fué a Nuestra Señora de París, en cuyas naves, al recibir la bendición nupcial ciñó por vez primera la diadema de Emperatriz como la más preciada ofrenda del amor que inspirara a Napoleón III. Allí, postrada de hinojos, oró largo espacio de tiempo, sin que nadie advirtiese en su semblante otros rasgos que los de la serenidad que fué el más vigoroso temple de su espíritu.

Rezaria por los suyos, por ella, por Francia... Cuando en Septiembre de 1914 supo en su residencia de Inglaterra que el formidable empuje de los Ejércitos alemanes, invasores de Francia, había sido contenido con una gran victoria francesa en las riberas del Marne exclamó:

¡Gracias Dios mío! Ahora puedo morir tranquila, porque veo resucitar a Francia.

La última vez que la Emperatriz estuvo en París fué en Enero de este año. Sufrió una operación que exigía el mal estado de su vista.

Convaleció, y su primera salida fué para visitar el templo de Nuestra Señora de las Victorias, cuyos muros son testimonio de piedad cristiana, de ardorosa fe, porque de ellos penden infinidad de exvotos y ofrendas.

Acaso la que fué Soberana de Francia acudió a cumplir alguna promesa,

o a dar gracias por el definitivo triunfo de las armas francesas.

Cuando salía del templo, dando el brazo al conde Primoli, permitió complaciente que los fotógrafos la enfocasen con sus máquinas. La fotografía la publicaron al día siguiente casi todos los periódicos de París.

Era el último tributo de admiración y respeto que había de rendirle en vida la Prensa de la nación que tanto la quiso un día, que tan pronto la olvidó y que, finalmente, tanto la compadeció.

Día de Animas

No hay día en el año que influya en nuestro espíritu tan poderosamente como éste, que el orbe católico dedica a aquellos seres que dejaron la tierra para siempre. Día otoñal impregnado de melancolía, cuyo cielo plomizo casi siempre, parece rodearlo todo de un halo de infinita tristeza; día que tiene el don de absorber toda nuestra atención, cambiando por unas horas el ritmo de la vida ordinaria.

No hay ser, por insensible que sea, que en él no tenga el corazón emocionado, el alma influida totalmente por esa oleada tétrica, que, partiendo de las anchas puertas de los cementerios, avanza hacia el centro de ciudades y aldeas; invadiéndolo, llenándolo todo...

Una fuerza indefinible, misteriosa, nos lleva a esos sagrados recintos, tristes depositarios de todas las grandezas y miserias: la fuerza de los grandes afectos del corazón, que pone en este día una oración en los labios..., una flor en la mano..., en los ojos una lágrima...

Allí está el lujoso panteón, postrer alarde de la vanidad humana; el mediocre nicho, la humilde sepultura, rodeada de mustios crisantemos. Allí, si, están todos confundidos en el mismo silencio, en igual tristeza, en idéntica soledad, en el mismo frío..., en el eterno e inconfundible frío de la tumba...! Y allí, confundidos también, se hallan en este día los deudos de todos, ricos y pobres, soberbios y humildes... grandes y pequeños...

Si con nuestra vista pudiéramos abarcar en la noche de este día sin igual los ámbitos del mundo católico, podríamos contemplar la soledad de carreteras y caminos. Ni un solo mortal se atreve a pisarlos. No es noche de caminar, es de rezar por el ánima de los que fueron. El dín, don... dín, dan... lúgubre de la campana, los empuja a sus aldeas, los recluye en sus hogares, para pensar en aquéllos que en su mente, atemorizada con la idea de la muerte, les hace ver convertidos en macabras siluetas, que echan en cara el abandono y olvido en que les tienen...

¡Día y noche de ánimas...! ¡Triste día y noche en que aun los corazones más duros, las almas más empedernidas, más narcotizadas por la anestesia de los placeres mundanos, despiertan hostigados por la terrible sacudida de estos recuerdos dolorosos...! ¡Noche tétrica, noche forjadora, de tristes siluetas, de fúnebres visiones, de fantásticas sombras!...

Día y noche en que, con la voz del sacerdote entonando el responso y el triste sonido de la campanada, nos re-

cordáis lo que nosotros nos esforzamos por esconder en el último rincón del olvido: ¡Qué necesarios sois en la vida! Vosotros sois una vez al año, la razón que llama a juicio la voz de la conciencia que nos comunica; la llama la amiga que nos recuerda que nuestro cuerpo no es otra cosa que un puñito de inmundicia, que ha de ir a posar al seno de ese inmenso océano, macabro depositario de todas las grandezas y miserias humanas...—L. C. de C.

Necesidad de ilustración en la mujer

Todos sentimos predilección por determinadas cosas, asuntos, etc.; por mi parte siento esa predilección por todo lo que se refiera a elevar y dignificar a la mujer en todos sus estados y condiciones.

Ya sé que todo lo que en favor de la mujer se diga es cosa sabida, nada es nuevo, ¡pura teoría!; pero en la práctica, nada aún se ha llevado a cabo, pues la mujer que bien por sus propios méritos, o bien por un loable esfuerzo de su voluntad tiende a elevarse del nivel en que el orgullo del hombre la tiene sumida, es mirada como un ente raro, y es causa de que muchas continúen siempre en su simple papel de comparsa en la tragi-comedia de la vida.

El ilustre Severo Catalina, en uno de sus escritos, enaltece a la mujer en el excoiso papel de madre, diciendo: «Pueblos que rebajásteis la dignidad de la mujer, que la considerásteis como un ser despreciable, ¡venid! la razón os llama a juicio.

»El ser que vilipendáis ha dado vida a vuestros héroes y a vuestros sabios.

»Cuando vuestros héroes y vuestros sabios, cuando los Alejandro y los Homeros, los Césares y los Virgilio, cruzaban los azarosos días de la infancia, una mujer los alimentaba con su jugo; una mujer los adormecía con el arrullo de su amor.

»Cuando sus labios empezaron a articular sonidos, una mujer les enseñó a pronunciar los nombres de vuestros venerandos, y les imbulló vuestras creencias, y les dijo que había una patria que debían de adorar; una patria que ellos ilustraron luego con el brillo de sus conquistas o con el mágico resplandor de su talento».

Todos los grandes hombres no se desdennan en abogar en favor de la mujer. No así los vulgares, pues por egoistas y mal entendidas conveniencias, prefieren que cotinuemos estacionadas en los quehaceres domésticos como límite de nuestros horizontes. Debemos, pues, a los primeros, de agradecérselo y procurar, puesto que es posible, educarnos e instruirnos convenientemente para ser, si no intelectuales, al menos ilustradas.—Carmen Carré

LA MUJER EN LOS MUNICIPIOS

por

Celsia Regis

75 céntimos ejemplar

(Se envía a provincias a los que manden 30 céntimos más para gastos de certificado).

Faja de Guantes
MARIO HERRERO
SUCESOR DE
Corte Inglés
CARRETAS, 14
SUCURSAL ALCALÁ 33 LAS CALATRAVAS
MADRID